

... Lenguaje, título El Mester de Clerecía, autor Sagrario Rodríguez Montalvo, fecha de emisión 2 de abril de 1981. ... Durante la Alta Edad Media, el saber de la antigüedad se refugió en los monasterios. De ahí que la palabra clérigo designara por igual al dignatario eclesiástico como al hombre de letras. En los primeros siglos medios, los clérigos cultivaron exclusivamente el latín como único vehículo de cultura. En el siglo XIII, frente al Mester, hubo oficio de júbilo.

aparece una poesía más culta pero también en romance que constituye el oficio o mester de clerecía. Este enfrentamiento u oposición entre ambos mesteres no es radical. Menéndez Pidal ha puesto de relieve la relación entre el quehacer de los clérigos y el de los juglares. Al fin y al cabo ambos utilizan la misma lengua romance y se dirigen a un mismo público. Berceo, el arquetípico autor que escribe en romance para acercar al pueblo la devoción a la virgen y la ejemplar vida de los santos, utiliza fórmulas propias de los juglares. No obstante esta relación el mester de clerecía se diferencia del mester de juglaría tanto en el propósito como en el tema, la métrica empleada y también en el tipo de lenguaje. Mientras que el juglar relata episodios pertenecientes a la vida nacional de su tiempo, familiares a su auditorio, el clérigo cuando no aborda la temática religiosa ilustra a su público con la vida de héroes de la antigüedad clásica accesible sólo a través de una cultura libresca. El juglar pretende divertir o admirar al pueblo con relatos de la vida nacional.

de sucesos conocidos de la comunidad a la que se dirige y para ello no necesita saber latín. El clérigo pretende enseñar al pueblo y utiliza con frecuencia fuentes latinas, sintiéndose puente entre su público, que habla romance, y la cultura latina de la que es depositario. A diferencia del metro irregular utilizado por los juglares, el clérigo se somete a la disciplina de una métrica regular, siendo escasas las muestras de irregularidad, debidas más a descuido que a impericia del versificador. El mester de clerecía construye sus poemas en tetraístros monorrimos de versos alejandrinos, que constituyen la llamada cuadernavía. El verso alejandrino español difiere del francés en el número de sílabas. El primero tiene 14 y el segundo 12, y se llama alejandrino porque fue muy utilizado para cantar la vida de Alejandro Magno. También el romance de los clérigos presenta matices diferentes. El juglar usa un lenguaje a veces de tono elevado y grandilocuente, y sobre todo importa a través del franquismo. En francés, gran número de voces germánicas,

propias del género épico para realzar lo heroico de la gesta que canta. Mientras que el clérigo, si bien presume a veces de una ingenua erudición libresca e introduce con criterio selecto los primeros cultismos del idioma, intenta expresarse con la mayor sencillez y claridad con el fin de poner a la altura del auditorio profano los temas elevados de que trata. El mester de clerecía se extiende del siglo XIII al XIV, si bien la rigidez de la cuaderna vía da paso en la II Centuria a una mayor libertad métrica. Así se producen las formas polimétricas del arcipreste de Hita en el libro de Buen Amor. Gonzalo de Berceo es el primer autor conocido de la literatura española y el más representativo del mester de clerecía. Por las noticias que de sí mismo da en sus obras, sabemos que fue natural de Berceo, pueblo perteneciente a la diócesis de Hita. Y que se crió al amparo del monasterio.

benedictino de San Millán de la Cogolla, donde posiblemente vivió una larga y apacible vida, oficiando como clérigo seglar, y compuso sus obras de tema exclusivamente religioso. Escribió Tres vidas de santos, Tres poemas marianos, El sacrificio de la santa misa, y también se le atribuye los signos que aparecerán antes del juicio final. El genio literario de

Berceo se revela sobre todo en Los milagros de Nuestra Señora, su más extenso e importante poema. Se trata de la narración de 25 milagros, todos precedidos de una introducción alegórica, y entre ellos media la relación de su protagonista principal, la Virgen, que interviene en favor de sus devotos. El prodigioso arte de Berceo consiste en transformar el milagro, elemento obviamente maravilloso y sobrenatural, en algo familiar y cotidiano. La Virgen, puente asequible del hombre entre la vida terrena y la divinidad, discute, dialoga despojada de todo halo inmarcesible, en un plano totalmente familiar. Los personajes y el ambiente son los inmediatos al mismo autor.

actúa en la pluma de Berceo como un ser humano, con poderes sobrenaturales, sí, pero sensible al halago de sus devotos y capaz de indignación. Cuando es invocada con amor, la Virgen desequilibra sin ningún problema para el autor, el fiel de la justicia, constituyéndose así en una llave de oro para abrir la puerta no ya de la felicidad ultraterrena, sino también la de esta vida más asequible al auditorio de Berceo, a veces con detrimento de la exaltación menos exigente de la virtud, pero siempre con un sentimiento de ternura por las humanas flaquezas. La excelsa señora cobra verdadero brío en el milagro del clérigo ignorante, quizá el más tierno y plástico de todos. Un clérigo es acusado de ignorancia ante la superioridad por no saber oficiar otra misa que la de la Virgen, por lo cual el obispo se determina a retirarle las licencias. El cuitado monje comunica a la señora su consternación y le pide consejo ante tamaña tribulación, y ella se aparece indignada al obispo ordenándole que permita a su clérigo decir la misa a ella consagrada. No siempre es un inocente atribuirle la misa a la Virgen, pero es un hombre que no se puede dejar de decir la misa a la Virgen. El cuitado monje comunica a la señora su consternación y le pide consejo ante tamaña tribulación, y ella se aparece indignada al obispo ordenando que permita hacer la misa a ella consagrada.

obtiene los favores de la Virgen. También los prestamistas acuden a ella para recuperar su dinero. Tal es el caso de la creedor, que no disponiendo de documentos para acreditar su préstamo, invoca y obtiene el testimonio del niño Jesús, que la imagen de Nuestra Señora tiene en brazos. Pero son los pecadores contumaces los que con más frecuencia reciben el don maravilloso del milagro. Desde el ladrón que se libra de ser ahorcado, al clérigo amancebado que consigue tiempo para arrepentirse antes de presentarse al tribunal de Dios. De estos milagros circulaban numerosas versiones latinas en la Europa medieval. Durante el siglo pasado se pensó que la obra de Berceo se inspiró en los milagros de la Santa Virgen del francés Gautier de Coancy. Aunque ya don Marcelino Menéndez y Pelayo advirtió la improbabilidad de que Berceo hubiera podido conocer el poema francés y la posibilidad de que ambos se hubieran inspirado en una fuente latina común. La hipótesis de don Marcelino ha sido corroborada con el hallazgo de un manuscrito latino en la biblioteca de Copenhague en el que se refieren 24 de los 25.

milagros que relata Berceo. El poeta riojano no inventa básicamente nada y además es su preocupación constante recurrir a la autoridad de los libros para convencer a su auditorio de la veracidad de los hechos que refiere. Con frecuencia encontramos expresiones como esta, que a cuanto decimos, escripto lo fallamos. Ello no rebaja en nada la personalidad poética de Berceo. Además de ampliar o suprimir pasajes de las historias latinas, reviste sus personajes y situaciones de un fuerte sabor local que imprime una humanidad cálida y llena de colorido que no posee la aridez de los textos latinos. Los temas universales, tópicos de la literatura marial, cobran merced a sus símiles familiares, a sus personajes dotados de

una encarnadura temporal, la animación de cosas vividas. Para sus vidas de santos también se inspira en fuentes latinas. La vida de Santo Domingo de Silos sigue en lo básico el original de Labad Grimaldo. Para la de San Millán, la biografía de San Barulio. Y para la de Santa Oria, el relato del confesor de la Iglesia. La Santa. Estos poemas tienen el denominado

común de referirse a santos locales propios de la devoción rural de la comarca en que vive Berceo. La vida de Santa Horia debió componer la ya edad avanzada. Destaca entre las vidas de santos por su fervor místico y la presencia de elementos líricos. Su descripción de la gloria, evocada por Berceo con el deseo de algo próximo, presenta cierta semejanza con el sueño de Mahoma en el paraíso del Corán. Esto y el amor del poeta por las cosas pequeñas revelan un innegable influjo del misticismo islámico. Más flojo es el planto que fizo la Virgen por la muerte de su hijo. Sin embargo, presenta un notable interés por haber recogido en él la primera muestra de poesía lírica. Se trata de una canción de vela que debió de ser popular en Castilla, en la que se repite el conocido estribillo Ella velar. Berceo fue ignorado por nuestros clásicos y aunque fue publicado por Tomás Antonio Sánchez en el siglo XVIII, su obra no ha sido justamente valorada hasta que Menéndez Pelayo la calificó como la más importante muestra de la vida de Santa Horia. La poesía culta del siglo XIII. La crítica actual encuentra que la poesía culta de Santa Horia

entra en ella un encanto incomparable por su primitivismo lleno de frescura. Probablemente anterior a la obra de Berceo es el libro de Apolonio, poema anónimo escrito hacia 1240. Se basa la crítica para suponer lo anterior a Berceo, en que su autor manifiesta su propósito de componer un romance de nueva maestría. No obstante, podemos interpretar esta nueva maestría como recientemente puesta en circulación. Consta el poema de 2624 versos y es el relato de las complicadas aventuras del rey Apolonio de Tiro para recuperar a su esposa Luciana y a su hija Tarsiana perdidas en un naufragio. Tarsiana, la hija del protagonista, que ha sobrevivido gracias a sus dotes de juglaresa, es el primer retrato femenino de la literatura española. El tema está tomado por la literatura española.

de una novela bizantina y puede considerarse el poema, por lo inverosímil y complicado de sus aventuras, como un antecedente de la novela de caballería. Su autor revela un gran dominio del diálogo y del desarrollo de la acción. En la Tarsiana juglaresa se inspiró Cervantes para el retrato de La Gitanilla y probablemente Víctor Hugo para La Esmeralda de Nuestra Señora de París. El libro de Alexandre es el poema más extenso del Mester de Clerecía y también el más erudito. Su autor anónimo se precia de la dificultad y mérito de su métrica en estos conocidos versos. Mester trago fremoso, non est de ioglaría, Mester es sin pecado, caes de clerecía. Fablar curso rimado por la cuaternabía, asílabas contadas, caes gran maestría.

A lo largo de sus diez mil versos, el poema relata la vida de Alejandro Magno, al que presenta como arquetipo de príncipe sabio, según la escolástica medieval, el medio de grandes digresiones morales. Los innumerables anacronismos de la obra no se deben, seguramente, a falta de cultura del autor, vastísima para su tiempo, sino más bien al afán deliberado de trasladar los valores del príncipe macedónico a un plano inteligible para el lector medieval. El poema de Fernán González cierra el ciclo del Mester de Clerecía en el siglo XIII. Su autor, un monje de San Pedro de Arlanza, asume el papel de sintetizar juglaría y clerecía tomando como tema un argumento propio de la épica y adaptándolo a la

cuadernavía. El poema fue compuesto no sólo para ensalzar las virtudes del conde castellano, sino también para unir a su gloria la fama de San Pedro.

Pedro de Arlanza, donde, según el poeta, el conde castellano, recibe en sueños la profecía de sus altos designios y gracias a lo cual funda después el monasterio. Según Keller, es probablemente la primera obra castellana compuesta con una intención claramente propagandística. Fin